



Seix Barral Los Tres Mundos

María Sánchez

Tierra de mujeres

Una mirada íntima y familiar
al mundo rural

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

UNA GENEALOGÍA DEL CAMPO



Soy la hermana de un hijo único.

AGUSTINA BESSA-LUÍS

Vengo de una tierra donde la nieve no es familiar. Estamos acostumbrados a que se vaya la luz, desaparezca la señal de televisión y que la pantalla sólo refleje lo que las velas alumbran. Un objeto inservible que se transforma en el espejo de los que estamos sentados a la mesa, jugando con las mariposas de aceite entre las manos, esas mariposas que nunca vuelan, sólo flotan, que se guardan en una cajita de cartón arrugada protegidas por un santo dibujado, arrullados por el olor y el calor en las rodillas bajo las enaguas, por el sonido de la paleta con el brasero de picón. Se sigue con la vida descansando los codos en una tarima mientras vuelve la luz a casa.

A mi abuela materna, Carmen, la única abuela que me queda, le dan mucho miedo las tormentas. No le gusta que los demás estemos fuera de casa mientras llueve y caen los truenos. No sé quién de mi familia me contó que, cuando era joven y volvían las tormentas, colocaba un tarro de sal con unas tijeras clavadas debajo de la cama con el fin de que no les pasara nada ni a la casa ni a ninguno de sus habitantes. Nunca he sabido el porqué. Nunca lo he preguntado. Como si esa ceremonia fuera algo natural, un rito a celebrar en casa, un ejercicio hermano.

Lo desconocido nos atrae. Cuando nieva en el pueblo, lo celebramos de una forma especial. Salimos a la calle, nos tiramos bolas de nieve, subimos al helipuerto y nos lanzamos ladera abajo con bolsas de plástico haciendo de trineo, cogemos el coche y vamos al campo, a comprobar cómo los animales se las apañan en el nuevo elemento, a contar los dedos de profundidad del edredón que cubre la tierra.

En mi trabajo, cuando subo al norte y voy conduciendo y de pronto me veo rodeada de nieve, no puedo dejar de mirarla. Se convierte en un imán. A veces tengo la necesidad de tocarla. Pero es difícil parar si vas conduciendo por autovía. Sólo está permitido hacerlo en una zona señalizada y construida expresa-

mente para ello: no es el campo en sí, sino algo artificial, un área de descanso en el que el paisaje deja de ser lo que parecía desde dentro del cristal. Los carriles que salen a los prados y a las tierras de cultivo, a los lugares donde pastan las vacas y sus sombras se confunden con los árboles al caer la luz, nunca están señalizados. Aparece entonces una desilusión porque lo que anhelas tiene otra forma, no existe. De pronto la nieve en esa área de descanso te parece nimia, fuera de lugar, sin sentido. La respiración se adapta a la velocidad de los coches en la carretera. La humedad empapa tus pies, recordándote que eres una extraña en un sitio igualmente extraño. Intuyes un rebaño por los cencerros, algún pueblo por el humo de las chimeneas, algún pájaro por el sonido de un aleteo repentino. Te acercas a los árboles buscando un pequeño nido entre las ramas, pero sabes que no encontrarás nada. Miras al suelo y no hay más rastro que tus propias huellas. Aquello que habías visto conduciendo se ha quedado atrás, en el retrovisor, convertido en algo inalcanzable. Estás fuera de lugar. Estás dentro del campo, pero a la vez no existe el campo. No hay animales ni casas, tampoco nidos ni huellas. Los árboles se plantaron de la misma forma que se plantaron mesas de merendero y contenedores. No hay ninguna interrelación con el medio que lo rodea.

Un área de descanso. Sólo una ilusión más que se rompe conforme nos aproximamos a ella desde el coche. Un espejismo. La nada.

Yo no pongo tarros de sal debajo de la cama cuando aparece la tormenta, pero no puedo evitar imaginarme a los que viven fuera enfrentándose a ella. Vivo en lo que sucede en el retrovisor cuando voy viajando. Me convierto en una mera espectadora. Me imagino a ellos fuera, huyendo de los árboles, resignándose con la nieve o la lluvia, corriendo, de vuelta a casa. También me pregunto por los animales, hago conjeturas sobre cómo les afecta el cambio del tiempo. Pienso mucho en los nidos. ¿Notarán las crías las primeras gotas de lluvia? ¿Serán conscientes del balanceo de las ramas por el aire? ¿Reconocerán la nieve, la lluvia, el viento? ¿Tendrán esa misma atracción irremediable que siento yo siempre que comienza a nevar?

Tuve que escribir y publicar un libro, *Cuaderno de campo*, para que las historias de mi familia comenzaran a caminar solas por la casa sin miedo ni pudor. Y no fue de manera consciente, quiero decir, en casa las cosas se sucedían y ocurrían sin prestarles importancia ni reconocerlas. Mis padres y mis abuelos quizá pensaron que lo que ellos tenían que contarme no era suficientemente bueno o interesante. También,

reconozco ahora con algo de vergüenza, que de niños no nos atrevemos a preguntar. Veía, escuchaba, dejaba hacer, imitaba. Pero me costaba preguntar acerca de los míos, de las cosas que sucedían en el campo, de nombres de árboles y animales, de semillas, de tarritos y recetas. Como no sabía cómo vivían mis compañeros de colegio en sus casas, pensaba que sus vidas estarían también llenas de los mismos elementos que la mía. Me equivocaba. No todo el mundo tiene pueblo. No todo el mundo puede volver a un trocito de tierra y doblarse la falda para recoger los alimentos del huerto. Llamar al rebaño y que acuda corriendo a la voz. Y como no compartía ese sustrato de vida con ellos, me aislé. Y como no preguntaba ni quería saber, corría a los libros a encontrar allí las respuestas, inconsciente, ingenua, por no saber que estaban mucho más cerca de lo que pensaba.

Siempre, siempre quedan las huellas.

Y por eso, cuando se intuye la nieve a lo lejos o los copos empiezan a caer cuando voy camino al norte, me viene siempre la misma escena que leí en un libro de Eliseo Bayo que surgió de las entrevistas que hizo en los años sesenta y setenta a la gente que trabajaba y vivía en el campo de este país: *Oración de campesinos*.

La imagen del libro de Eliseo que regresa siempre conmigo cuando irrumpe la nieve pertenece a una costumbre muy habitual entre los pastores trashumantes del norte. Cuando nevaba o llovía, cambiaban la forma de pisar. Uno iba abriendo camino, mientras el resto adoptaba el hábito de ir pisando sobre las huellas del primero para así evitar mojarse los pies. Cuestión de supervivencia. Así, huella tras huella, continuaban, hasta que llegaba la hora de la comida. Luego, el cuerpo, a la intemperie, buscaría un refugio entre la respiración caliente del rebaño, en esos pequeños círculos con formas de animales que cuando llega la noche llenan de manchas el suelo. La tierra, caliente y finita, daba tregua unas horas a los caminantes antes de que emprendieran de nuevo la marcha.

Puede que ahí esté el germen: aunque la nieve me es tan extraña, no he podido evitar hacerla muy mía. Y vuelvo la vista atrás y rebusco, recorro de puntillas los pasos, miro a mi padre y a mi abuelo, me reconozco niña, atenta y pendiente de lo que ellos hacían, y me siento como ese pastor trashumante que coloca con mucho cuidado sus pies sobre las huellas que el anterior ha dibujado con firmeza.

Porque, por costumbre, solemos aprender siempre del que nos precede, de ese que se ha mojado los pies pisando primero. Y como en tantas familias e historias que suceden en este país, en cierto modo, los

que nos han ido abriendo el camino, retirando el agua y apartando las zarzas de la vereda para que el rebaño continúe han sido hombres. Ellos. Los primeros. Los que se veían. Los que se podían señalar. Reconocer. Valorar. Hombres a los que querer parecerse.

Lo reconozco:

Soy una mujer que es tercera generación: mi abuelo era veterinario, mi padre es veterinario y yo también lo soy. Soy la primera nieta, la primera hija, la primera sobrina. Pero también la primera veterinaria. Vengo de una familia que siempre ha estado ligada a la tierra y a los animales, a la ganadería extensiva. Mi infancia está llena de alcornoques, encinas y olivos, algún huerto, despensas y muchos animales. De pequeña, siempre los admiraba a ellos. Los hombres eran la voz y el brazo de la casa. De hecho, quería ser uno de ellos. De pequeña y hasta bien entrada la adolescencia, odiaba los vestidos, la melena que mi madre se empeñaba en peinarme y las muñecas con las que se suponía que tenía que jugar. Yo quería ser fuerte, corría detrás del rebaño sin miedo y me caía una y otra vez cuando me hacía la valiente sorteando las huellas, demasiado grandes para mi bici, que dejaban por un tiempo los tractores en los carriles. Siempre aparecía la primera cuando mi abue-

lo o mi padre necesitaban ayuda. Quería ser como ellos. Demostrarles que era tan fuerte y estaba tan dispuesta como ellos. Porque si hay algo que nos queda claro desde pequeños es esto. Que los hombres de sangre y tierra nunca lloran, no tienen miedo, no se equivocan nunca. Siempre saben lo que hay que hacer. Siempre.

A esa edad, las mujeres de mi casa eran una especie de fantasmas que vagaban por casa, hacían y deshacían. Eran invisibles. Hermanas de un hijo único, como dijo en una ocasión la escritora portuguesa Agustina Bessa-Luís sobre su infancia. Hermanas de hombres fuertes. Mujeres invisibles a la sombra del hermano. A la sombra y al servicio del hermano, del padre, del marido, de los mismos hijos. Y no puede ser más certero y, a la vez, más doloroso. Porque es ésta la historia de nuestro país y de tantos: mujeres que quedaban a la sombra y sin voz, orbitando alrededor del astro de la casa, que callaban y dejaban hacer; fieles, pacientes, buenas madres, limpiando tumbas, aceras y fachadas, llenándose las manos de cal y lejía cada año, sabedoras de remedios, ceremonias y nanas; brujas, maestras, hermanas, hablando bajito entre ellas, convirtiéndose en cobijo y alimento; transformándose, con el paso de los años, en una habitación más que no se hace notar, en una arteria inherente a la casa.

Pero ¿quiénes son los que cuentan las historias de las mujeres? ¿Quién se preocupa de rescatar a nuestras abuelas y madres de ese mundo al que las confinaron, de esa habitación callada, en miniatura, reduciéndolas sólo a compañeras, esposas ejemplares y buenas madres? ¿Por qué hemos normalizado que ellas fueran apartadas de nuestra narrativa y no formaran parte de la historia? ¿Quién se ha apoderado de sus espacios y su voz? ¿Quién escribe realmente sobre ellas? ¿Por qué no son ellas las que escriben sobre nuestro medio rural?

Han tenido que pasar muchas cosas y mucho tiempo para conocer las historias de las mujeres de mi familia, para poder hurgar en ellas, reconocermé y sentirme orgullosa. Para preguntar sin pudor y conocer, y conocerme también, a fin de cuentas. Han tenido que quedarse las casas vacías, absurdas con sus marquitos de fotos, con ellas mirándome siempre. Han tenido que irse para no regresar muchas de ellas. A veces sin volver la vista atrás, sin dejar ni siquiera un leve rastro en la tierra para seguir sus pasos. Quizá las hijas nos hemos despertado un poco tarde, pero al fin cuestionamos y reivindicamos, tomamos el relevo con la voz. Ahora que miro atrás y me doy cuenta, no puedo evitar notar una sensación que no para de oscilar como un reloj de pared entre

la rabia y la culpa. ¿Por qué ellas no ocupaban un espacio importante entre mis referentes? ¿Por qué no fueron nunca el ejemplo a seguir? ¿Por qué de niña no quería ser como ellas?

Resulta extraño, ahora que vivimos afortunadamente en una sociedad feminista, preguntarse algo tan obvio. Pero volvemos la vista atrás en nuestras casas y encontramos historias parecidas. Todo lo que llegaba a casa, lo importante, las alegrías y las proezas, las buenas noticias, siempre venían de la misma voz. Nos contaron que sólo trabajaba el hombre, que era él el que merecía descansar al llegar a casa. Silenciamos y pusimos a la sombra a aquellas que hacían las tareas domésticas, que se arremangaban las mangas y las faldas en nuestros pueblos, que ayudaban en las parideras, que trabajaban el huerto, cuidaban las gallinas, recogían aceitunas. Les quitaron la luz para que el centro de atención y los cimientos de la casa alumbraran siempre al mismo, para que los demás no desviáramos la vista, ni perdiéramos la atención. Teníamos como normal que nuestras madres y nuestras abuelas se encargaran de todo y pudieran con todo: la casa, los cuidados, los hijos, el campo, los animales. Les quitamos sus historias y no nos inmutamos. Dejamos que fueran ellos los que contaran, los que siguieran marcando el camino para los demás. A ellas, a nuestras abuelas, nuestras madres,

nuestras tías, las veíamos como algo extraño y familiar a la vez, algo cercano pero que pertenece a otra galaxia, con otro horario y otra atmósfera. Ellas nos hablaban y contaban, pero no las entendíamos, porque, sencillamente, no las escuchábamos. Las pautas que nos habían dado hasta ahora venían prácticamente en su totalidad desde el género masculino.

¿Cómo se escribe sobre lo que no se valora? ¿Cómo sacar de la sombra lo que se arrincona y se deja allí como algo normal? ¿Cómo reescribirlas? ¿Cómo devolverles la voz y la palabra que siempre han tenido pero que no ha sido escuchada ni tenida en cuenta? ¿Cómo involucrarlas en nuestras historias si en nuestro lenguaje y nuestra narrativa no han tenido cabida como protagonistas nunca?

Y no todo se reduce al ámbito doméstico. Este aislamiento de las mujeres es una enfermedad que ha sabido expandirse por todos los estratos. Me siento igual que alguien que descubre las habitaciones de una casa abandonada y va entrando, cuarto por cuarto, levantando las sábanas que cubren los muebles y buscando un reflejo en las ventanas y en los espejos. No. No es sólo la casa en la que crecí. La infección llegaba a todas las capas de mi vida: el colegio, la universidad, mi trabajo.

Los libros entre los que crecí, todos esos apuntes y manuales de consulta con los que pasé tantas horas

en la biblioteca, guías de animales y de aves, todas esas novelas, esos cuentos y esos poemas, todos, prácticamente en su totalidad, escritos por el mismo sexo. Todos aquellos a los que admiré y seguí: científicos, ecologistas, pensadores, veterinarios, pastores, agricultores, jornaleros, ganaderos, conservacionistas, divulgadores, todos ellos, todos, absolutamente todos, hombres.

Mi abuelo. Mi padre. Mis tíos. Los que trabajaban en el campo y a los que yo me arrimaba para ser como ellos. Las horas pegadas a la televisión viendo los documentales de Félix Rodríguez de la Fuente. Los pasajes de Miguel Delibes. Los poemas de Federico García Lorca. Ese querer escribir como Julio Llamazares cuando leí por primera vez *La lluvia amarilla*. Los animales que no dejaban de aullar en los poemas de Ted Hughes. Los pájaros que convivían con una cita de Shakespeare en la guía de Peterson. Como los pájaros que mataba John Audubon para luego poder pintarlos mejor. El humanista y veterinario cordobés Castejón. También el que fue presidente de la república en el exilio, y que se convirtió en el primer veterinario en reconocer y valorar al ganado de nuestro territorio, Gordón Ordás. Esa saga entrañable llena de criaturas grandes y pequeñas del inglés James Herriot. Los libros y manuales antiguos de veterinaria en francés de mi abuelo siempre escri-

tos por hombres. Como las fotos de vacas que traía de sus viajes a Canadá. Siempre eran hombres los que posaban sonriendo con sus animales, siendo protagonistas, dueños, cuidadores.

¿Dónde estaban las mujeres?

Sé que esto que acabo de exponer ahora puede parecer demasiado obvio. Hace diez años, incluso menos, no era así. Por suerte, pertenezco a una generación que brilla y que tiene una labor fundamental: rescatar a todas esas mujeres que han quedado apartadas a lo largo de los años, sin voz, como se dejan solos, sin remordimiento ninguno, a esos muebles de algunas casas vacías junto a las polillas, amparados bajo una sábana inútil que no ofrece ninguna protección. Sólo las invisibiliza. Sólo apaga su voz. Gracias a este despertar colectivo, gracias al feminismo, surge una búsqueda incansable y necesaria. Al fin, estamos conociendo a científicas, escritoras, activistas, pensadoras, ecologistas, conservacionistas..., mujeres que se movieron y destacaron en un mundo de hombres pero que, por el hecho de ser mujeres, pasaron totalmente desapercibidas.

Afortunadamente, hoy los papeles han cambiado: las historias de las mujeres salen a la luz y se convierten en referentes, modelos a seguir y vidas que

contar para las niñas de nuestros días y de los que vendrán. Cuando empezamos a ser conscientes de lo importante que es reconocerse en alguien surge un sentimiento nuevo: sentirse hermana de alguien que conoce el camino, convertirla en una pieza clave en nuestra historia, en un engranaje que nos permitirá crecer día a día. Una estela que poder continuar y crear, al fin, nuestra propia narrativa.

Queremos mujeres en todos los espacios.

Que sean ellas las que cuenten, formen y construyan. Que sean ellas las que puedan dar el paso adelante sin sentir miedo ni vergüenza. Es algo que ahora vemos completamente normal en nuestro día a día. Nos enfadamos si notamos que no hay mujeres en cualquier lugar y evento. Alzamos la voz, escribimos, nos manifestamos, celebramos.

Y yo, mujer que procede del medio rural y que trabaja en él, me vuelvo a sentir hoy como ese péndulo oscilante del reloj de pared. Como una cuerda que cae pero que a la vez está sujeta. Como ese cubo que bajamos al pozo sin saber qué nos traerá de vuelta al subirlo a la luz.

Porque estoy intentando construir una casa. Una casa donde tengan refugio todos esos destellos que me han traído hasta aquí. Unos cimientos y unas

paredes que den cobijo a las palabras, a las nanas, a los animales. Que pueda sentirme acompañada, no de fantasmas, no de sombras. Que me sienta segura para hablar del lugar del que vengo y en el que vivo, pero siempre que empiezo a poner el siguiente ladrillo pasa lo mismo: la casa que construía sólo estaba llena de hombres.

Mi narrativa invisible. Las mujeres de mi casa. Como la umbría, esa zona de las laderas en la que apenas llega el sol. Esas vertientes que, por su orografía, quedan dedicadas a la sombra.

En la umbría también crecen especies fuertes. Árboles y plantas que necesitan más agua. Animales que van en su busca para refugiarse y alimentarse. Como los hombres en verano que se sientan en ella a descansar entre faena y faena. La sombra. La falta de luz. Que no podamos verlas, o mejor dicho, que no sepamos verlas, no significa que no estén ahí.

¿Acaso, además del nombre, necesitamos la luz para existir?

Vuelvo a ese proyecto de casa y miro a mi alrededor. Rebusco en los libros, en las estanterías, en los recortes. Leo lo que escribieron sobre el medio rural otros antes. Lo que escriben sobre el medio rural otros ahora. Y tropiezo. Tropiezo una y otra vez con esa li-

teratura que nos llama *granjeros*, que nos asocia siempre a la palabra vacía, que nos describe desde el paternalismo y las grandes ciudades, que nos visita para reportajes graciosos, que se empeña en escribir del medio rural como si fueran sepultureros, que usurpa la voz de los que se manchan las manos de tierra y habitan entre campiñas y montañas. Que tampoco, qué sorpresa, las nombra a ellas.

Nuestro medio rural necesita otras manos que lo escriban, unas que no pretendan rescatarlo ni ubicarlo. Unas que sepan de la solana y de la umbría, de la luz y la sombra. De lo que se escucha y lo que se intuye. De lo que tiembla y lo que no se nombra.

Una narrativa que descanse en las huellas. En las huellas de todas esas que se rompieron las alpargatas pisando y trabajando, a la sombra, sin hacer ruido, y que siguen solas, esperando que alguien las reconozca y comience a nombrarlas para existir.